

Petronio volvió á su casa disgustado. Era evidente que Vinicio y él ya no se comprendían, que algo se había interpuesto entre sus almas. Hasta entonces Petronio había ejercido la más ilimitada influencia sobre el joven guerrero: le había servido, por decirlo así, de modelo; bastaban algunas palabras irónicas de su parte para moderar á Vinicio ó para animarlo á cualquier empresa. Todo esto había terminado; y tan grande era la transformación, que Petronio ni siquiera trataba de adoptar el método de otros tiempos; veía que la argucia y la ironía no tenían poder sobre aquellos nuevos principios, que el amor y el cristianismo, incomprensible para ambos, habían germinado en el corazón de su sobrino. El escéptico comprendía que había perdido la llave de aquella alma. Tal convencimiento le causaba cierta amargura, casi un temor, aumentado por los acontecimientos de aquella noche.

«Si no es un capricho pasajero, sino un deseo real de la Augusta, pensaba Petronio, ó Vinicio no lo resistirá y... por una combinación cualquiera acabará por perderse un día ú otro; ó bien, como ha hecho esta noche, se opondrá á su deseo, y en este caso su caída es segura, y tal vez yo, como pariente, me veré arrastrado en ella; porque la Augusta, haciendo extensivo su odio á toda la familia, hará valer su influencia en favor de Tigelino. Bajo cualquier aspecto que se mire, es una cuestión que presenta mal cariz.»

Petronio era un hombre animoso, que no conocía el miedo á la muerte; pero no esperando de ella nada bueno, no la deseaba. Después de largas reflexiones, estimó que el mejor partido que podía tomar era hacer emprender á Vinicio un largo viaje. ¡Y si podía acompañarle Licia, tanto mejor! Pero confiaba en que no le sería difícil hacerle marchar sin ella.

Para alejar de sí y de Vinicio todo peligro, pensó hacer que circulase por el Palatino la noticia de que su sobrino se hallaba enfermo. La Augusta ignoraba si había sido reconocida por el joven; podía convencerse de lo contrario y su vanidad no quedaba ofendida en lo más mínimo. En lo futuro podían cambiar las cosas, por lo cual era prudente evitar el peligro. Ante todo, deseaba Petronio ganar tiempo; cuando César estuviese en Acaya, Tigelino, que en asuntos de arte no entendía una palabra, tenía que pasar á segundo término, y entonces, ¡adiós influencia! En Grecia, Petronio estaba seguro de la victoria sobre cualquier adversario. Entretanto vigilaría á Vinicio, tratando de decidirle á partir.

Durante muchos días le preocupó la idea de obtener de Nerón un edicto para expulsar de Roma á los cristianos: en este caso Licia abandonaría la ciudad con sus correligionarios, y Vinicio la seguiría más tarde sin necesidad de persuasiones: ¡la cosa parecía factible! Además, no hacía mucho tiempo que los hebreos, por odio contra los cristianos, se habían sublevado, y Claudio, que aún no había logrado

distinguir á unos de otros, expulsó á los hebreos. ¿Por qué no podía Nerón proceder de igual modo con los cristianos? Sin ellos, los habitantes de Roma dispondrían de más espacio.

Después del banquete flotante, Petronio veía á Nerón diariamente, ya en el Palatino, ya en otras casas. Era muy fácil inspirarle semejante idea, no oponiéndose nunca Nerón á una propuesta que perjudicase ó hiciese sufrir á alguno. Después de maduras reflexiones, Petronio estableció su plan. Intentaba dar en su casa un banquete, en cuya ocasión convencería á César de que debía promulgar el edicto; en secreto abrigaba la esperanza de que Nerón le encargaría de la ejecución del mismo. Con todo el respeto debido á la amante de Vinicio, enviaría á Licia á Baia; allí ambos podrían abrazar el cristianismo y divertirse hasta que se cansaran.

Visitaba frecuentemente á Vinicio, primeramente porque, á pesar de su egoísmo romano, no podía librarse de cierta debilidad por el joven tribuno, y además porque deseaba convencerle.

Vinicio se fingía enfermo por no comparecer en el Palatino, donde todos los días se formaban nuevos proyectos. Por fin, Petronio oyó de labios del mismo emperador que tenía la intención de partir para Anzio. A la mañana siguiente Petronio corrió á casa de Vinicio para comunicarle la noticia. Éste le mostró una lista de personas invitadas, que un liberto de Nerón le había enviado.

— Aquí está mi nombre, dijo, y también el tuyo. Así, pues, en tu casa encontrarás una invitación igual á ésta.

— El no contarme entre los invitados, respondió Petronio, equivaldría á una sentencia de muerte, y espero que esto no sucederá antes del viaje á Acaya. Yo seré muy útil á Nerón. Apenas lleguemos á Roma, añadió observando la lista, habremos de abandonarla para dirigirnos á la Acaya. Pero debemos ir; esto no es sólo una invitación, sino una orden.

— ¿Y si alguno no quisiera obedecer?

— Entonces sería invitado bajo otra forma á emprender un viaje mucho más largo...: el viaje que no tiene vuelta. ¡Lástima que no hayas seguido mi consejo de dejar Roma mucho antes. Ahora debes salir para Anzio.

— ¡Debo salir para Anzio! ¡Mira en qué tiempos vivimos y qué miserables esclavos somos!

— ¿Ahora lo notas?

— ¡No! Tú me dijiste que la doctrina cristiana es enemiga de la vida porque impone obligaciones. Pero ¿pueden ser esas obligaciones más duras que las nuestras? Tú has dicho: «La Grecia creó la sabiduría y la belleza, y Roma la fuerza.» Pero ¿dónde está nuestra fuerza?

— Ve á buscar á Quilón y discute con él. Hoy no me siento filósofo. ¡Por Hércules! No fui yo quien creó estos tiempos, y por lo tanto no soy el responsable. Hablamos de Anzio. Allí te amenaza un grave peligro: quizás te tendría más cuenta medir tus fuerzas con Ursus, el matador de Crotón, que trasladarte á Anzio; pero no puedes negarte.

Vinicio respondió con indiferencia:

— ¿Peligro? Todos nosotros nos movemos entre las sombras de la muerte y á cada instante se precipita un individuo en el reino de las tinieblas.

— ¿Quieres que te enumere todos los que con el juicio y el raciocinio completos llegan á los ochenta ó noventa años, á pesar de los tiempos de Tiberio, de Calígula, de Claudio y de Nerón? Toma por ejemplo á un hombre como Domicio Afro. Se ha hecho viejo pacíficamente, á pesar de que toda su vida ha sido un tejido de perversidades y delitos.

— Quizás por eso mismo, respondió Vinicio.

Después echó una ojeada sobre la lista y leyó:

— Tigelino, Vatino, Sexto Africano, Aquilino Régulo, Suilo Nerulino, Eprio Marcelo, etc. etc. ¡Qué colección de bribones y de asesinos! ¡Y esa raza gobierna el mundo! ¿No sería mucho más conveniente para todos ellos exhibir en las aldeas y villorrios alguna divinidad egipcia ó siríaca y ganarse el pan anunciando la buena-ventura y danzando?

— ¡O bien recorriendo el mundo con monos sabios, perros amaestrados ó con el asno músico!, añadió Petronio. ¡Es verdad! Pero hablemos de cosas interesantes. Recoge tu atención y escúchame. En el Palatino he dicho que estabas enfermo y que no podías salir de casa, y sin embargo, tu nombre figura en la lista. Esto demuestra que hay alguien que no quiere dar crédito á mis palabras y que trata de descubrir el verdadero estado de las cosas. Nerón no se ocupa de ello, porque para él tú eres un soldado, sin la más mínima noción de música ó de poesía, y con el cual, á lo más, podría conversar en el circo sobre las carreras de caballos; Popea habrá cuidado de poner tu nombre en la lista. Esto prueba que no fué capricho pasajero el suyo, sino que desea tenerte á su lado.

— ¡Atrevida es la Augusta!

— ¡Verdad! Es atrevida, porque está jugando una partida peligrosa. ¡Esperemos que Venus le inspire lo más pronto posible otro amor! Veo ya que ella te desea: debes usar las mayores precauciones. *Enobarbo* empieza á hastiarse de ella; ahora prefiere á Rubria y á Pitágoras. Con todo, él se consideraría atacado en sus derechos.

— En el bosque no sabía que era Popea la que me hablaba. Tú me oíste: le dije que amaba á otra y que no quería saber nada de ella. ¿Lo recuerdas, eh?

— Te suplico por todos los dioses del averno que no pierdas el poco juicio que los cristianos te han dejado. ¿Cómo puedes titubear aún, si te queda la elección entre una perdición probable y una perdición segura? ¿No te he dicho que no habría salvación para ti, si ofendieses la vanidad de la Augusta? ¡Por el averno! Si la vida te es odiosa, ábrete las venas ó hiérete con tu espada, porque quien ofende á Popea no puede esperar más que la muerte. Antes se discutía mejor contigo. ¿Qué te importa, después de todo? ¿Te ocasiona algún daño? ¿Te impide amar á Licia? Piensa además que Popea vió á la muchacha en el Palatino, y no le será difícil adivinar el motivo que te hace rehusar sus altos favores. Hará todo lo posible por descubrir el paradero de Licia, aunque ésta se halle sepultada en las entrañas de la tierra. Tú te pierdes y la pierdes. ¿Has comprendido?

Vinicio escuchaba, pero distraídamente, como siguiendo el curso de sus propios pensamientos. Por fin exclamó:

— ¡Debo verla!

— ¿A quién? ¿A Licia?

— ¡A Licia!

— ¿Sabes dónde está?

— ¡No!

— ¿Quieres empezar de nuevo á buscarla por todos los cementerios y en el Trastevere?

— ¡No sé, pero es necesario que la vea!

— ¡Está bien! Aunque Licia sea cristiana, tendrá más juicio que tú.

— Ella me libró de las manos de Ursus.

— Pues date prisa; *Enobarbo* no prorrogará su viaje, y las sentencias de muerte pueden venir desde Anzio.

Pero Vinicio no lo oía, preocupado como estaba con la idea de encontrar un medio cualquiera para ver á Licia.

Una ayuda inesperada y que tal vez podía resolver la cuestión se presentó bajo la forma de Quilón Quilónides.

Este compareció miserable, destrozado y débil por la inedia; pero los esclavos, recordando la orden que en otro tiempo les diera Vinicio de que se le dejara pasar á cualquier hora del día y de la noche, no se atrevieron á detenerle. El griego, entrando directamente en el atrio, dijo á Vinicio:

— ¡Que los dioses te concedan la inmortalidad y dividan contigo el imperio del mundo!

Vinicio, de primer intento, hubiera querido arrojarlo; pero le contuvo la idea de que tal vez el griego supiese algo de Licia, y la curiosidad venció á la repulsión.

— ¿Eres tú?, le preguntó. ¿Qué te ocurre?

— ¡Males, hijo de Júpiter!, respondió Quilón. La virtud es una mercancía que ahora no tiene valor; y un sabio puede darse por satisfecho si en cinco días logra reunir lo suficiente para comprar en la carnicería una cabeza de oveja para roerla poco á poco en un camaranchón y rociarla con las lágrimas. Parte de lo que me diste se lo entregué á Atracto á cambio de libros, y el resto me lo robaron. El esclavo que escribía lo que le dictaba mi sabiduría huyó, llevándose todo lo que quedaba de aquello con que tu generosidad me había favorecido. Soy pobre, pero ¿á quién puedo dirigirme si no es á ti, ¡oh Serapis!, á quien amo y adoro y por quien he arriesgado mi vida?

— ¿Para qué has venido y qué me traes?

— Vengo por amparo, ¡oh Baal!, y traigo conmigo mi miseria, mis lágrimas, mi amor y finalmente las noticias que he procurado recoger para ti. Quizás recuerdes, señor, que yo había dado, según te dije en su día, á una esclava del divino Petronio un hilo del ceñidor de la Venus de Pafos, que le resultó muy útil; y tú, hijo del sol, que sabes lo que ha ocurrido en aquella casa, sabrás también lo que ha llegado á ser Eunica. Poseo todavía uno de aquellos hilos, y para ti lo he conservado, señor.

Calló, al notar la ira que centelleaba en los ojos de Vinicio; así es que, para evitar un arranque de cólera, dijo tranquilamente:

— Sé dónde habita Licia y te indicaré la calle y la casa.

Vinicio trató de sofocar la emoción que le produjo la noticia, y preguntó:

— ¿Dónde está?

— En casa de Lino, el sacerdote más antiguo de los cristianos. También está allí Ursus, que aún trabaja con el molinero llamado Demades como tu liberto. ¡Sí, Demades! Ursus trabaja de noche, de modo que tú puedes bloquear la casa á aquellas horas y nada tendrás que temer de él. Lino es viejo y allí no habitan más que dos mujeres de edad avanzada.

— ¿Cómo sabes todo esto?

— Recordarás, señor, que los cristianos me tuvieron en sus manos y me perdonaron. Verdaderamente, Glauco se engañaba atribuyéndome la culpa de su desgracia; pero lo creía, pobrecito, y aún lo cree. De todos modos, me perdonaron; así, pues, no debe extrañarte que mi corazón esté rebosando gratitud. Yo soy un hombre de otros tiempos, de tiempos mejores, y por esto dije: «¿Puedo abandonar á mis amigos y bienhechores? ¿No sería un ingrato, si no procurase saber de ellos, cómo están y dónde viven?» ¡Por Cibeles! ¡Yo no soy capaz de una acción semejante! Primero temí que interpretasen mal mis deseos; pero mi amor por ellos fué más fuerte que el temor, y la facilidad con que perdonan me infundió especiales alientos. Antes que nada, pensé en ti, señor. Nuestra última tentativa terminó con

un descalabro; pero un hijo de la Fortuna, como eres tú, ¿puede resignarse? ¡No! Y por esto te he preparado una victoria. La casa está solitaria. Si ordenas á tus esclavos que la cerquen, no escapará ni una rata. Señor, de ti únicamente depende el tener esta misma noche en tu casa á aquella espléndida hija de reyes. ¡Si lo alcanzas, no olvides que lo debes al pobre y hambriento hijo único de mi padre!

El semblante de Vinicio había enrojecido como el fuego y la tentación se iba apoderando de su espíritu. Sí, aquel era el mejor medio y aquella la hora más propicia. Cuando Licia se hallase en su casa, ¿quién podría arrebatársela? Y cuando fuese suya, ¿qué remedio le quedaba sino resignarse con su suerte?

¿Qué pensarían los cristianos con su misericordia y su predisposición á perdonar? ¿No era ya tiempo de tomar una determinación y vivir como todos los demás? ¿Qué otra cosa podía hacer Licia sino tratar de conciliar su destino con su religión? Por lo demás, esta era una cuestión secundaria.

«¡Ante todo, dijo en conclusión, debe ser mía hoy mismo! Además, no puede asegurarse si la religión sabrá resistir á los placeres y al lujo de un mundo desconocido para ella y si logrará sustraerse á tantas seducciones. Hoy mismo podré tenerla aquí. Debo entretener á Quilón, y luego, por la noche, dar las órdenes oportunas. Y después..., ¡oh felicidad infinita! ¿Qué ha sido mi vida hasta hoy? Un desear inconsciente, no satisfecho, una pesquisa interminable, un enfurecimiento constante. ¡Todo, todo debe cesar!»

Es verdad que recordaba su promesa de no hacer nuevas tentativas para obtenerla. Pero ¿á quién había puesto por testigo de su juramento? Á los dioses inmortales, no, pues para él no existían: á Cristo, tampoco; no creía en él. Por lo demás, si ella se consideraba ofendida, podrían casarse y remediar así todo el mal que le ocasionase. Se hallaba casi obligado, pues á ella debía su salvación. Recordó el día en que con Crotón había asaltado su refugio; recordó la mano de Licia, levantada sobre él en actitud de defensa, y todo lo ocurrido posteriormente. La veía inclinada sobre su lecho, vestida como una esclava, pero bella como una diosa y semejante á una divinidad benéfica y celestial. Sus ojos, volviéndose hacia el *larario*, vieron la cruz que ella le había dejado en el momento de la separación. ¿Debía pagar todas estas bondades con una nueva perfidia? ¿Debía arrastrarla por los cabellos, como una esclava cualquiera, hasta el *cubiculum*? ¿Pero cómo podía hacerlo, cuando no sólo la deseaba, sino que la amaba por lo que ella era? Comprendía que no bastaba tenerla en su casa y estrecharla á viva fuerza entre sus brazos, y que su amor exigía algo más..., su consentimiento, su amor, su alma. ¡Bendita su casa, si ella hubiese entrado por gusto en ella; bendito el instante, el día, bendita toda su vida! ¡La felicidad de entrambos hubiera sido entonces inacabable, inmensa como el mar! Pero sacarla á la fuerza, significaría destruir para siempre tal felicidad, y además manchar y contaminar lo único precioso y raro que tenía en la vida. La sola idea le llenaba de terror.

Miró atentamente á Quilón, el cual, escondidas las manos bajo sus andrajos, miraba en torno con inquietud. Un inexplicable disgusto invadió á Vinicio en aquel instante y sintió deseos de aplastar bajo sus pies á su compañero de otro tiempo. En un momento tomó una resolución: no conociendo moderación en ninguno de sus actos, pero siguiendo el impulso de su carácter romano, se dirigió á Quilón en estos términos:

— No seguiré tu consejo; pero con objeto de que no pierdas la retribución que te corresponde, te haré dar en la prisión de los esclavos trescientos azotes.

Quilón palideció. En el semblante de Vinicio leíase tan fría decisión, que el pobre griego no pudo pensar ni por un momento que aquella amenaza fuera una broma.

Poniéndose de rodillas, besando el suelo, murmuró con voz entrecortada por los sollozos:

— ¡Cómo, oh rey de Persia! ¿Por qué? ¡Oh pirámide de bondad! ¡Coloso de misericordia! ¿Por qué? Yo soy viejo, desgraciado, pobre. Yo te he servido. ¿Así me recompensas?

— Como tú recompensas á los cristianos, dijo Vinicio, llamando al liberto.

Pero Quilón, agarrándose convulsivamente á sus rodillas, con el rostro pálido como la muerte, exclamó:

— ¡Oh, señor, señor! ¡Soy viejo! Sean cincuenta y no trescientos los azotes. ¡Cincuenta bastan! ¡Cien, si quieres, pero no trescientos golpes! ¡Piedad, misericordia!

Vinicio, alejándolo de sí con un puntapié, dió la orden. Dos robustos esclavos, precedidos del mayordomo, cogieron á Quilón por los cabellos, y atándole el cuello con sus propios andrajos, lo condujeron á la prisión.

— ¡En nombre de Cristo!, gritó el viejo cuando estuvo en el corredor.

Vinicio quedó solo. La orden dictada pareció haberle animado, por lo cual trató de reunir y coordinar sus ideas. Se sentía más ágil, y la victoria alcanzada sobre sí mismo le llenaba de satisfacción. Le parecía que se había aproximado á Licia y que merecía una gran recompensa. Al principio no se le ocurrió siquiera que había obrado mal con respecto á Quilón haciéndolo apalear por el mismo motivo por que en otro tiempo le retribuía. Era demasiado romano para dejarse conmovir por el dolor ajeno y para prestar atención á aquel miserable griego.

Si hubiese pensado en Quilón y en sus sufrimientos, se hubiera persuadido, de todos modos, de que había obrado rectamente castigando á un bribón como aquel. Pero su alma estaba junto á Licia, y le decía: «Yo no quiero devolverte el bien con el mal, y cuando sepas cómo he tratado al que pretendía convencerme de que podía robarte otra vez, me quedarás agradecida.»

Pero pronto le acudió este pensamiento: «¿Elogiará Licia este modo de tratar á Quilón? Su doctrina ordena el perdón; y los cristianos perdonaron á aquel farsante, aunque tenían más motivos que yo para vengarse.» Además, la invocación del viejo, «¡En nombre de Cristo!» resonó en su alma; recordó que Quilón con aquellas palabras se había librado de las manos de Ursus, y decidió por esta razón condonarle el resto de la pena. Iba á llamar al mayordomo, cuando éste apareció ante él diciendo:

— Señor, aquel viejo ha perdido el sentido y quizás ha muerto. ¿Sigo haciéndolo azotar?

— ¡Reanímalo y condúcelo á mi presencia!

El siervo desapareció tras los cortinajes. Costó trabajo reanimar al griego. Vinicio esperó largo rato, y ya empezaba á impacientarse, cuando se presentaron los esclavos conduciendo á Quilón: á una señal se alejaron.

Quilón estaba pálido como un cadáver; la sangre que brotaba de sus piernas corría sobre el pavimento de mosaico del atrio. Pero, ya completamente en sí, cayó de rodillas, exclamando con los brazos extendidos:

— ¡Gracias, señor; eres grande y misericordioso!

— ¡Perro!, dijo Vinicio; has de saber que te perdono por amor de aquel Cristo á quien también debo yo la vida.

— ¡Oh, señor, quiero servirlos á ti y á Él!

— ¡Calla y escúchame! ¡Levanta! Tú me enseñarás la casa donde habita Licia.

Quilón se levantó de pronto; pero apenas quedó en pie, cayó de nuevo, pálido y desencajado, y balbuceó con voz débil:

— Señor, tengo hambre: iré, señor, iré. Pero no tengo fuerzas. Manda que me den lo que despreciaron tus perros, y luego marcharé.

Vinicio ordenó que le dieran alimento, una moneda de oro y un manto. Pero el griego, debilitado por el hambre y por los azotes, no podía tragar bocado. El temor de que Vinicio interpretara como desobediencia su debilidad y mandase azotarlo otra vez, le ponía los pelos de punta.

— ¡Un poco de vino caliente!, murmuró temblando; después podré ir hasta la Magna Grecia.

Al cabo de un rato recobró las fuerzas, y salieron él y Vinicio. El camino era largo, porque, como casi todos los cristianos, Lino vivía también en el Trastevere, no lejos de Miriam. Por fin Quilón indicó a Vinicio una casa pequeña, aislada, circundada por un muro revestido de hiedra, y dijo:

— ¡Hela ahí, señor!

— ¡Bien!, dijo Vinicio; vete por tu camino, pero oye lo que te digo: olvida que me has servido, olvida dónde viven Miriam, Pedro y Glauco; olvida también esta casa y a todos los cristianos. Todos los meses irás a mi casa y Demades te entregará dos monedas de oro. Pero si persistes en espiar a los cristianos, te haré azotar otra vez ó te enviaré al prefecto de la ciudad.

Quilón, haciendo una profunda reverencia, dijo:

— ¡Lo olvidaré!

Pero cuando Vinicio hubo doblado la esquina, prorrumpió, enseñándole los puños en actitud amenazadora:

— ¡Por el averno y por todas las furias! ¡No lo olvidaré!

Después cayó sin sentido.

XXXIII

Vinicio se encaminó a casa de Miriam. Ante la puerta estaba Nazario, que se asombró al verlo aparecer. Vinicio le saludó afablemente y le rogó que le introdujera en la casa. A más de Miriam, encontró a Pedro, Glauco, Crispo y Pablo de Tarso, este último recién llegado de Frigia. Al ver al joven tribuno, el estupor se dibujó en todos los rostros. Y dijo Vinicio:

— ¡Os saludo en nombre de Cristo, a quien adoráis!

— ¡Sea siempre alabado su nombre!, respondieron todos a coro.

— He visto vuestra virtud y he probado vuestra bondad; por esto vengo a vosotros como amigo.

— Y como amigo te saludamos, respondió Pedro. Siéntate, señor, y participa de nuestra mesa como huésped.

— Me sentaré y tomaré parte en vuestra mesa. Pero antes escúchame, Pedro, y tú también, Pablo de Tarso, a fin de que podáis reconocer mi sinceridad. Sé dónde se halla Licia. Fuí primero a casa de Lino. La joven me pertenece por decreto de César. En mi casa poseo cerca de quinientos esclavos, con los cuales podía haber rodeado su refugio y robarla a viva fuerza. Y sin embargo, ni lo hice, ni lo haré.

— El Señor te lo tomará en cuenta y purificará tu corazón, respondió Pedro.

— Te lo agradezco; pero óyeme aún. No obstante mi tristeza y mis tormentos, no lo hice. Antes de conoceros, seguramente la hubiera secuestrado y con violencia la hubiera poseído. Vuestra virtud y vuestra religión, aunque yo no la siga, me han cambiado en términos que no puedo ahora concebir la idea de la violencia. Cómo haya ocurrido esto, lo ignoro; pero así es. Por esto he acudido a vosotros que hacéis con Licia las veces de padres. Dádmela por esposa y os juro que no sólo no la impediré adorar a Cristo, sino que me haré iniciar por ella misma en su religión.

Habló con la cabeza erguida y en tono resuelto, pero estaba conmovido y le temblaban las piernas. Como ninguno respondiese, para evitar una contestación desfavorable, continuó:

— Conozco los obstáculos que de ella me separan, pero yo la amo como a las niñas de mis ojos, y aunque no cristiano, estoy muy lejos de ser enemigo vuestro ó de Cristo. Yo quiero ser sincero, para que podáis tener confianza en mí. Mi vida depende quizá de este momento; pero, con todo, quiero decir la verdad. Otro os diría: ¡bautizadme!; yo os digo: ¡iluminadme! Creo que Cristo resucitó, porque lo afirman hombres amantes de la verdad, que le vieron morir. Creo, porque tuve ocasión de verlo yo mismo, que vuestra religión significa virtud, justicia y misericordia, y no delito, como se os imputa. Hasta ahora sólo superficialmente conozco vuestra fe, algo por vuestra mediación, y otro poco por gracia de vuestras obras y por medio de Licia y de los coloquios que he tenido con vosotros. Y sin embargo, os repito que se ha operado una transformación en mi espíritu. Antes tenía sujetos a mis